

SEMANA SANTA

La Semana Santa reconstruye de alguna manera la última semana de la vida mortal de Jesús. Según esto, Jesús habría entrado en Jerusalén el Domingo. La entrada se presenta como "mesiánica", simbolizando que Jesús es el que esperaban, por lo cual sube al Templo y lo purifica de sus abusos, mostrándose como verdadero Señor del Templo, con el consiguiente escándalo de los sacerdotes. Jesús se retira por las noches a Betania, o a los huertos de olivos que están a medio camino.

Desde el lunes al miércoles, Jesús aparece todas las mañanas en el Templo para enseñar; allí tienen lugar las fortísimas controversias con los fariseos, los saduceos y los escribas, que determinan la ruptura definitiva. Los sacerdotes y los ancianos deciden su muerte y buscan la ocasión, que les proporciona la traición de Judas. El Jueves, Jesús entra de incógnito en Jerusalén y celebra una cena de despedida con sus discípulos más allegados. Esa misma noche es detenido en el huerto de los olivos. Se le condena a muerte y el viernes es crucificado. El Sábado es el Gran Sabbat, que coincide aquel año con la Pascua. Al amanecer del Domingo, las mujeres van al sepulcro, lo encuentran vacío y dan la noticia. Después, se sucederán una serie de manifestaciones de Jesús y nacerá la fe de los discípulos en él.

Estos acontecimientos se celebran litúrgicamente en cuatro fiestas. Domingo de Ramos; Jueves Santo; Viernes Santo; Resurrección (Vigilia y Domingo)

Es importante recordar que no estamos simplemente conmemorando los sucesos históricos, sino celebrando lo que significaron y significan; y que este significado es unitario: toda la celebración se dirige y llega a su cumbre en la Resurrección; sin ella, todo lo anterior carece de sentido.

DOMINGO DE RAMOS

El triunfo de Jesús será la cruz.

El Domingo de Ramos es el anuncio de la Pasión. La procesión de los ramos con su contexto festivo no puede olvidar que el triunfo de Cristo no es una simple aclamación popular: Jesús triunfa en la cruz, ésa va a ser su victoria: es el triunfo sobre la muerte, el cumplimiento pleno de su misión, de la voluntad del Padre. Esto se introduce con una lectura de Isaías, que no deja dudas sobre el sentido de la celebración.

DEL PROFETA ISAÍAS (50, 4-7)

Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído para que escuche como los iniciados. El Señor Dios me ha abierto el oído y yo no me he rebelado ni me he echado atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, la mejilla a los que mesaban mi barba. No oculté el rostro a insultos ni salivazos. Mi Señor me ayudaba, por eso no quedaba confundido; por eso ofrecí mi rostro como pedernal, y sé que no quedaré avergonzado

DE LA CARTA DE PABLO A LOS FILIPENSES (2: 6-11)

Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es SEÑOR para gloria de Dios Padre.

PASIÓN SEGÚN MATEO (26,14 – 27,66)

TEMAS Y CONTEXTOS

EL CANTO DEL SIERVO, EN ISAÍAS.

En este segundo libro de Isaías, llamado "el libro de la consolación", aparece un personaje al que se ha llamado "El Siervo de Yahvé", en cuatro cantos (caps: 42, 49, 50, 52). Llamado por Dios desde el seno de su madre, aparece como un discípulo a quien Dios "le ha abierto el oído", para que él pueda instruir a todos. Su misión se realiza sin brillo ni éxito externo, está expuesto a ultrajes y desprecios; se ha entregado por los pecadores y carga con sus pecados, convirtiéndose, por su humillación y sufrimientos, en salvación para todos.

La Iglesia ha visto siempre en este personaje una anticipación profética de la figura de Jesús, y representa un mesianismo opuesto al que era más habitual en Israel: el mesianismo regio, triunfal, al modo y modelo de David.

El texto nos introduce pues, muy acertadamente, a la lectura de la Pasión, para que podamos entender mejor el sentido correcto del triunfo de Jesús.

LA CARTA A LOS FILIPENSES

La lectura de Pablo nos acerca con más profundidad a la teología de la Cruz, profundamente unida a la teología de la Encarnación. Cristo, despojado de su rango divino, hecho un hombre más hasta morir, exaltado por Dios en la Resurrección.

Este texto nos proporciona las claves para una interpretación fundamental de la pasión de Jesús: es la consecuencia última de su verdadera condición humana: humano como nosotros, sometido por tanto a la persecución del mal y llamado a dar su vida como entrega definitiva; y la de hombre lleno del Espíritu, al que ese Espíritu lleva a arrostrar su pasión y muerte con plenitud de entrega y de sentido.

Es importante recordar que el texto no hace historia sino teología. La historia no es que un ser divino se despoja de su divinidad y se hace parecido a los hombres. Es que un hombre está lleno del Espíritu de Dios. La teología es una interpretación de la historia, no al revés.

LA LECTURA DE LA PASIÓN

Leemos hoy el relato de la Pasión según Mateo. Debemos recordar que los relatos de la Pasión son los que, probablemente, se pusieron por escrito antes que ninguno: constituían lo fundamental de la catequesis sobre Jesús, y planteaban el primer problema para los que iban a creer en él: creer en un crucificado, creer que, a pesar de su muerte deshonrosa, rechazado por los jefes de Israel, "Dios estaba con Él".

Por otra parte, debemos recordar también que son los relatos más "históricos" de los evangelios. En muchos otros momentos, el significado es más importante que lo sucedido. Aquí, el mensaje es el suceso. Es la pasión y la muerte de Jesús, sucedidas históricamente, lo que constituye para nosotros una Palabra de Dios.

REFLEXIÓN

El Domingo de ramos puede celebrarse simplemente como el día del triunfo, aunque fuera efímero, de Jesús. Es como si todo Israel, por un sorprendente efecto del Espíritu, se lanzara a la calle para aclamarle como Mesías-Rey. Esta interpretación es fuertemente deficiente. En primer lugar, el suceso fue mucho menos espectacular que lo se ha querido interpretar. Un grupo de galileos peregrinos por Pascua en Jerusalén aclaman a Jesús y lo proclaman Mesías. Jerusalén entera se sorprende, preguntan quién es éste, les responden que es Jesús, el profeta de Nazaret... Y el triunfo es modesto, incluso en sus símbolos, el pollino, los niños aclamando.

En segundo lugar, el triunfo es muy simbólico: Jesús no entra como un monarca poderoso, ni va al templo a recibir honores. Jesús no protagoniza al Mesías Davídico, sino que se asemeja más bien al siervo de Isaías; su aspecto sufriente no aparece el Domingo más que en la oposición de los sacerdotes y de sus enemigos fariseos, pero se mostrará definitivamente el Viernes Santo. Los signos son mesiánicos, pero no davídicos.

Todo esto nos lleva a considerar el mesianismo de Jesús, y el nuestro. Jesús va a triunfar, pero en la cruz. No va a triunfar por destruir a sus enemigos, por imponerse a los sacerdotes ni por lograr la independencia de Israel. Va a triunfar llegando hasta el final: dar su vida. El triunfo de Jesús no es como el triunfo de Alejandro Magno ni siquiera como los triunfos del Rey David. El triunfo de Jesús va a ser la fe de los discípulos, que lo reconocerán como El Señor, por su muerte y su resurrección. No es el triunfo del rey; es el triunfo del grano de trigo, que triunfa al morir, porque será fecundo.

Así, el Domingo de Ramos introduce los parámetros correctos para acercarnos a la Semana Santa comprendiendo y celebrando el mensaje central de nuestra fe, sin dejarnos llevar por tendencias que serían muy de nuestro gusto, pero que son corregidas por el mismo Jesús. Nos gustaría un triunfo espectacular y multitudinario, pero Jesús no va a triunfar de esta manera; es más, va a ser rechazado, humillado y aparentemente vencido por sus enemigos. Nos gustaría una resurrección igualmente espectacular; más bien nos gustaría que, cuando sus enemigos le increpan: "baja de la cruz y creeremos en ti", Jesús bajara de la cruz, milagrosamente, y todos cayeran a sus pies, adorándole. Nuestra lógica pediría que el Mesías fuese recibido en triunfo por su pueblo, y que Jesús entronizara la Nueva Alianza sobre el pedestal de la Antigua. En resumen, también a nosotros nos gusta más el Mesías al modo Davídico, un soberano espiritual y material, un rey-pontífice entronizado de parte de Dios para poner orden en las naciones.

De hecho, ésta ha sido y es la tentación de la Iglesia. A lo largo de la historia, la iglesia ha pretendido ser el reino de Dios en la tierra de manera jurídica y exterior. Y no solamente respecto a los otros poderes del mundo, reyes y emperadores sometidos al Representante de Cristo, sino en su afán de gobernar las conciencias, en la autoatribución de poderes presuntamente otorgados por Dios mismo a sus dirigentes. Los dignatarios eclesiásticos han tenido la consideración y el aspecto de príncipes, y hasta la celebración de la Eucaristía se ha revestido de atributos

trionfales, como una celebración del reconocimiento universal del poder de la divinidad (y de sus representantes), acatado por todos (incluso por personas en cuyo espíritu no haya nada del Espíritu de Jesús).

El Domingo de Ramos nos cura de todas esas fantasías imperiales. Jesús triunfa porque el Espíritu le lleva hasta dar la vida. Jesús no es el Rey David que viene a construir su reino acabando con sus enemigos, sino el grano de trigo que es enterrado y muere. Los enemigos de Jesús no son algunas personas, sino los pecados, que están en todas las personas, incluidos sus mismos seguidores. El poder de Jesús no es la imposición desde fuera, desde arriba, sino la conversión desde dentro, desde abajo.

Este es el simbolismo de la purificación del Templo. En realidad, Jesús está destruyendo simbólicamente el Templo. Uno de los pasos más significativos que dieron los primeros seguidores de Jesús fue sustituir el Templo por la casa, los sacrificios por la fracción del pan. En las primeras comunidades desaparecieron los sacerdotes y los pontífices, los ritos suntuosos y los tributos para el culto. Fueron sustituidos por la comunidad fraternal que vivía de la Palabra y ponía todo en común. No pretendieron imponerse sino convertir, se desentendieron del poder religioso y político y empezaron a cambiar la sociedad cambiando las conciencias por la fe en Jesús. Y estuvieron dispuestos a sufrir por todo ello y gozosos de poder hacerlo.

Más tarde, todo fue alterado. Pertenecer a la Iglesia se convirtió en una ventaja social, la pequeña semilla se convirtió, no en un modesto arbusto de mostaza, sino en un baobab gigantesco y aparatoso, dogmático y jurídico, anatematizador y perseguidor de cuantos se le oponían. La eucaristía doméstica cedió paso al culto en los recuperados templos, volvieron a mandar los sacerdotes sobre el pueblo obediente y silencioso, y el poder de Dios manifestado en sus Pontífices dictó sus normas a la sociedad entera. En resumidas cuentas, volvió a triunfar el templo sobre la casa, el sacrificio sobre la fracción fraternal del pan, el espectáculo sobre la conversión.

La celebración del Domingo de Ramos puede acentuar cualquiera de estas dos tendencias, tan frontalmente opuestas. Nuestra procesión de ramos y nuestra eucaristía pueden ser un triunfo del mesías-rey o un anuncio del triunfo de Jesús en la cruz. Se nos enfrenta por tanto a una elección: el triunfo de Cristo como a nosotros nos gustaría, o la aceptación y celebración del triunfo real de Jesús, que no es otro que la muerte y la resurrección.

PARA NUESTRA ORACIÓN

La celebración de la Semana Santa y de la Resurrección supone un desafío mayor que lo que imaginamos. Es posible que esta celebración vaya a significar para nosotros lo siguiente: el Domingo de Ramos, el triunfo externo, la aclamación popular; el Jueves Santo, la presencia real de Cristo en el pan y el vino; el Viernes Santo, nuestra compasión y dolor por sus sufrimientos; el Domingo de Resurrección, la evidencia de la divinidad de Cristo que resucita por su propio poder.

Pero estos días nos enfrentan a mucho más, a lo más esencial del mensaje y la persona de Jesús. Deben ser para nosotros días de limpiar nuestra fe de todo lo que nuestras costumbres y nuestros pecados le ha ido añadiendo, días de acercarnos a Jesús como Él es, no como nosotros, por nuestras torcidas conveniencias, lo hemos imaginado.

El Domingo de Ramos no celebramos el triunfo espectacular del Mesías que entra glorioso en su capital. Celebramos el heroísmo de Jesús que, sabiendo que se juega la vida, entra en Jerusalén públicamente y limpia el Templo, desencadenando así la definitiva decisión de los jefes: hay que matarlo. Mientras Jesús se conformará con el papel de un discreto profeta pueblerino, lejos de Jerusalén, la cosa no iría mucho más lejos; provocar el poder de los sacerdotes y los grandes rabinos en su mismo templo, en el entorno de la pascua, es una intolerable provocación. Pero Jesús sabe que es su misión: ofrecer el Reino a todo Israel, pública y "oficialmente", en el Templo y en la Pascua. Sabe que va a costarle la vida, y acepta el desafío.

El Jueves Santo no celebramos la Institución del Sacrificio de la Nueva Pascua. Eso es una lectura judaica, regresiva y estéril. Celebramos a Jesús pan y vino para la vida del mundo. Tampoco celebramos la primera cena del Señor, sino la última de las comidas de Jesús con sus discípulos. Tampoco celebramos anticipadamente el sacrificio de la cruz, sino el sacrificio constante de Jesús, su vida entera entendida como pan y vino para la vida del mundo.

El Viernes Santo no celebramos el sacrificio cruento y expiatorio por el cual Dios queda aplacado por el calmante aroma de la sangre de su hijo y perdona nuestros pecados. Celebramos el triunfo del grano de trigo, la consecuencia de Jesús que asume su misión con todas sus consecuencias; y celebramos sobre todo la muerte del mesianismo político/sagrado. Ése es el que muere en la cruz, el Mesías triunfante. Sin la cruz, los discípulos habrían seguido creyendo en Jesús como Rey de Israel. Sólo cuando ese Mesías muere en la cruz puede nacer la fe en el Siervo que da la vida, rechazado por los pecados.

El Domingo de Resurrección no celebramos el triunfo espectacular de Cristo sobre sus enemigos históricos sino la fe en el amor del Padre, amor más fuerte que la muerte y que el pecado, manifestado ante todo en Jesús, y capaz de manifestarse en cada uno de nosotros.

Toda la Semana Santa es por tanto un canto al amor de Dios en lucha con el pecado. Las dos cosas, el pecado y el amor de Dios, se pueden ver, espectacularmente claros, en esta semana. Y ése debe ser el objeto de nuestra contemplación.

DE LA CARTA A LOS ROMANOS

Recitamos juntos este fragmento de la carta a los romanos, en que se muestra la fe en el amor de Dios, que hemos conocido en Jesús, en Jesús crucificado.

Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios
son hijos de Dios.

No hemos recibido un espíritu de esclavos
para recaer en el temor,
sino un espíritu de hijos que nos hace exclamar:
¡Abbá, Padre!

Si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros?

El que no escatimó ni a su propio Hijo,
sino que lo entregó por todos nosotros,
¿cómo no nos dará con él también todas las cosas?

¿Quién acusará a los elegidos de Dios?

Dios es el que salva, ¿quién condenará?

¿Quién nos separará del amor de Cristo?

¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?,
¿el hambre?, ¿la pobreza?, ¿los peligros?, ¿la desgracia?.

Pero en todo esto salimos vencedores
gracias a Aquél que nos amó.

Estoy seguro de que ni la muerte ni la vida
ni ningún poder presente ni futuro
ni otra criatura alguna
podrá separarnos del amor de Dios
manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro.

(Rm 8:14-39)